



Poesía de Eduardo

El Último Cabaret

Noche de difuntos

(Un cuadro de Buñuel)

La noche de difuntos en el valle bajo de Cochabamba es una festividad religiosa que no tendría nada de particular si no es por la forma de celebrarla. En Capinota, por ejemplo, se inicia al anochecer, en el cementerio, cuando la avenida de Ingreso se llena de vendedores que, a la luz de velas y mecheros de kerosene, ofrecen flores, velas, coronas de papel blanco, morado y negro y otros adornos a todos los visitantes. La avenida no tiene iluminación eléctrica porque, siendo tan poco transitada durante los demás días del año, no la creen necesaria y, además, porque todos en el pueblo sienten una atávica aprensión a transitar por sus cercanías, sobre todo cuando la luz diurna se ha disipado.

Ese día, desde todos los caminos llegan los capinoteños. Probablemente es la única fecha en que se reúnen familias enteras para visitar las tumbas de sus parientes muertos, nuevos y antiguos, porque a todos se les venera por igual en ese cementerio cuyo centenario portón y gruesos muros de adobes protegen sepulcros de todas clases: rústicos intentos de mausoleos y túmulos de tierra, muchos de ellos centenarios, a cuya cabecera se conservan cruces de madera o de hierros cuyos barrocos adornos son obras de arte de viejos artesanos del martillo y el fogón. También hay algunas tumbas talladas en piedra, generalmente pertenecientes a familias "dinásticas" del pueblo.

Allí se va a honrarlos y, reunidos alrededor de la tumba, a intercambiar recuerdos del muerto o de ellos mismos, afectuosas anécdotas y reclamos por los ausentes, mientras adornan la tumba con flores y cavan pequeñas hornacinas alrededor del túmulo donde se encenderán las velas que en su homenaje lleva cada doliente. Cuando la oscuridad ya es total, el paisaje se ha poblado de las luces de miles de velas que, apenas, iluminan a las personas alrededor, creando un maravilloso paisaje de siluetas. Son imágenes de personas con rostros apenas perceptibles en la lóbreguez de la noche. No es un paisaje lúgubre. No sugiere ni fantasmas ni fantasías; más bien cuadros de una hermosura estética indescriptible, dicromático, animados por el sonido de las conversaciones sin estridencias de cientos de personas cuyas siluetas sin perspectiva se oponen a la oscuridad. Y más allá de los muros, está la noche impenetrable con su carga de serenidad y paz, bajo un cielo incontaminado, plagado de estrellas. Sólo la genialidad de Buñuel, el mítico existencialista obsesionado con la muerte y los sueños, sería capaz de captar y expresar la fuerza de ese paisaje, donde cada silueta se hace vital por el rumor de su voz que le rescata de la sombra y le hace paisaje, profundamente humano, poderoso, único y emotivo. Es homenaje de la vida a los que yacen pero es también comunión. Sólo él, con Dalí, si aún vivieran, podrían ser capaces de mostrar, en blancos y negros, los trazos de esta noche única.

Pero hay más para reforzar esa pintura surrealista: junto con la noche se hacen presentes los rezadores que, por un boliviano, dicen las oraciones de estilo a una velocidad increíble; y bandas de música que recorren el cementerio tocando antiguos boleros de caballería como "El terremoto de Sipe Sipe" o solemnes toques de silencio. Tampoco faltan marlachs que, por 10 bolivianos, complacen a los dolientes cantando las canciones que gustaban al difunto. Todos en medio de esa negrura. Ellos también son siluetas sin perspectiva; medios cuerpos confundidos con la multitud y vivos a través de su música.

A medianoche, todos abandonan el cementerio. Es hora de cambio. Al día siguiente, el de Todos los Santos, habrán floridas mesas tendidas con muñecos de pan, masitas, bizcochos caseros y refrescos de maíz e hinojo que son una verdadera delicia. Pero ésta es otra historia que comparten las familias en forma más alegre y a plena luz.

Edgar Claude Paz. Escritor y
General de Ejército. Cochabamba

La poesía de Eduardo Nogales Guzmán, nos introduce en espacios y estados metafóricos insondables del ser interior, de la palabra, del pensamiento.

Su poesía busca lo profundo, lo íntimo, quizá hasta lo negado voluntariamente y todo lo que habita en lo no conocido, y lo que va más allá del asombro.

Sus poemas son circunstancias donde se agitan amantes y transparentes, los sucesos móviles e inmóviles del pensamiento que salen y entran, en donde hay que escurrirse hasta la esencia, hasta lo recóndito y, donde la presencia de la oscuridad, sirve para justificar al núcleo vital de la luz.

El contacto real de sus líneas nos eleva en la voz, en la palabra, la materia y el pensamiento. -Nos comprueba que la palabra asume su posición silenciosa en presencia de los ángeles que nos advierten de la intimidad del universo.

El poemario de Nogales no constituye un solo componente, es más bien la suma de poemas con direcciones distintas como rige el elemento de la palabra, como rige la noche urbana, y donde los paseos de la ciudad, lo característico de los caminos urbanos, sus periplos y sus misterios, sus semejanzas y similitudes nos atraen al "último cabaret".

Al leer "El último cabaret", entendemos que los días son errantes, como el "sentimiento centinela", y que sólo se distinguen por la expresión de los caminos cuando estamos soñando.

-Que todavía persiste el antiguo enemigo de la lluvia con el corazón, y donde el corazón es el trofeo de la plenitud que la lunática vida ostenta.

Su poesía habla de enaltecer la vida más allá de la mendiga emoción, de allí donde uno se dueñe haciéndolo no sólo para ver la superficie expuesta a sus pies, sino para resistir la persistencia del lugar donde uno está asentado.

-Habla de la lluvia que cae -como también nosotros-, del sonido de las goteras, de los charcos, del misterioso color del tejado, de la luminosidad de los insectos y de su intensa "transparencia".

Y no es que la noche ya no esté más; siempre habrá vestigios que queden, porque ahí está "la amorosa vida" É amorosa, porque son los ángeles que con su presencia, su emanación y alas apaciguadoras y, desde su "invisible apartencia", nos enseñan que "no sería visible la tierra sin nosotros".

-Todo ángel revela la condición de asombro.

"El último cabaret" habla de la infancia y la perpetuidad de la inocencia sólo a través de ella, de la imaginación de las formas que uno puede asumir, del perdón y del olvido, de la memoria, del alcohol y de nuestras particulares lunas.

¿Es acaso la "tierra una taberna" donde la noche ostenta su desnudez al compás de los ecos cróticos que producen la imaginación y el presentimiento cético?

"El último cabaret" nos enseña a meditar de una forma distinta sobre lo que es y cómo es la palabra. El autor nos la muestra como una verdadera ofrenda en un auténtico ritual poético. La palabra como elemento entre el orden y el significado; gracias a sus conocimientos y sabiduría revelatoria.

Al leer "El último cabaret", pre-sentimos que habla del último -por no decir del único espacio- donde se puede mostrar la desnudez del alma, la pureza que nos permite percibir el quehacer de los ángeles.

-Lugar donde la palabra traspasa nuestro afán individual, nuestro soliloquio. Inducción de pensamientos, un desconocimiento de lo cotidiano, en la medida del olvido y las razones de la infancia.

Por eso, "El último cabaret" es el gesto y el destello de la contemplación, la serenidad, el fundamento de la voluntad imperturbable de la gratitud.

-Es el lugar donde la "Incesante araña mundial" no ha cubierto todavía con sus tejidos polvorientos, el vino de la noche.

-Es la plática de los mortales en medio de "la bulla de los mortales" que insisten, persisten y resisten en el asombro, el misterio y la pureza de los ángeles que aún obran más allá.

Eduardo Nogales es el autor que lo ha comprobado; por eso escribe: "Vengo cansado de ese ruido que perturba el silencioso hacer de los ángeles" - "Aún escribo poesía".

El nos habla de los intentos que debemos hacer todos de mirarnos de frente, de volver a casa y mirar nuestra semejanza, de retornar a través de la palabra luego de la guerra "del rendido amor y del delirio".

-Nos referimos a la demolición de la noche, a la caverna, a la amorosa vida, a la amorosa sangre y al instinto.

El autor toma como elementos tangibles a los espacios de intangibilidad del mundo, hallado precisamente en lo íntimo del mundo, es decir en lo sencillo, y lo hace a través del sentir del misterio. Habla del otro día que está por venir, o del que ya ha venido, -pero que no advertimos ni miramos- y manifiesta: "Soy el otro día".

Así es la poesía de Eduardo Nogales, es la costumbre del misterio, el delirio, la persistencia, vigencia y benevolencia de los ángeles. Nos dice él mismo:

-La luz y la esquiva mirada de los desecantes, seguirá evitando la desaparición del universo".

-Sólo un beso en tus desconsolados pechos, impedirá que el desierto conquiste el vago placer de las estrellas".

Escribe también en cansada apartencia de melancólica meditación: "Ebrio / me paro en la silla / observo mi leyenda".

Nos dice además que "Una lágrima no concede más que la absolución de lo perdido, y canta la eternidad, la hora del sufrimiento".

Y expresa en sentir terrenal-cético que "El azul es sólo este cielo, / el cielo de este mundo / los dioses no se repiten".

La poesía de Eduardo Nogales Guzmán nos lleva hacia la filosofía y sabiduría de lo esencial, hacia lo no visto, hacia el centro de la palabra, hacia la serenidad de los ángeles, hacia la evocación de nuestros espacios en las miradas, nos convoca a la genesis de la palabra y el significado, y a la trascendencia de nuestras emociones.

"El último cabaret" además de poema y metáfora, es el camino de sabia filosofía para detenernos y elevar la mirada, elevar el pensamiento y elevar el significado.

Miriam Montaña Némer